



Tuñón de Lara.

temporáneos y dificultades en el trabajo concreto de un autor cortado del acceso directo a muchas fuentes. Las «dos Españas» de Tuñón consiguieron en los años sesenta mostrar que había otra Historia de España, no sólo por la intencionalidad política del escritor, sino por emplear otros métodos (aproximación a la historia económica y a la sociología política) que, sobre el fondo de la Historia-relato tradicional, presentaran un contenido más complejo y, en definitiva, explicativo de unos cambios sociales que los habitantes del conjunto español tenían ante sí exclusivamente a través del precipitado final. La imaginación del historiador jugaba también como factor positivo al lado de una redacción ágil, que daba a los capítulos descriptivos de la coyuntura política el aire de una buena crónica periodística. Especialmente para *La España del siglo XX*, donde el examen de la base documental se fundía crecientemente con los recuerdos y vivencias del autor durante la República y la guerra civil.

Las afirmaciones anteriores no implican que en el trabajo de Tuñón de Lara estuviese ausente la exigencia de rigor propia del trabajo historiográfico. Pero sí que, especialmente a partir

de los nuevos enfoques por él adoptados desde *Historia y realidad del poder*, la conformación de sus dos síntesis sobre la España contemporánea había de variar sensiblemente. Por otra parte, y a pesar de la notable elevación de nuestro nivel de conocimiento, sobre los decenios cubiertos por Tuñón de Lara en *La España del siglo XX* persistía en gran medida el valor de las interpretaciones iniciales y su importancia a la vista de otras síntesis posteriores.

El azar ha querido que, casi al mismo tiempo que *La España del siglo XX* (tres volúmenes, Laia, Barcelona), viera la luz otro libro del profesor de Pau, vinculado asimismo a un trabajo suyo anterior. El estudio que acaba de publicar Edicusa, *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*, representa una ampliación de los capítulos que sobre la crisis del año 98 incluía su *Medio siglo de cultura española*. Es un intento de explicar la crisis finisecular como un punto de inflexión ideológico, que, sin embargo, no va acompañada de transformaciones en la estructura socio-económica o en el régimen político. La pérdida de las colonias supondría el fin de la hegemonía

ideológica del bloque en el poder consolidado desde 1875. Tuñón de Lara aporta nueva luz a la interpretación del Unamuno de los noventa, tendiendo a cuestionar la posibilidad de estimarle como pensador marxista, siquiera temporalmente. Y en cuanto a Costa, surge casi como «pensador orgánico» frente al seudoliberalismo canovista, rechazándose asimismo la consideración puesta en juego por Tierno Galván como pre-fascista.

Fruto de una primera lectura apresurada, esta nota sólo puede poner de relieve la importancia de la nueva aportación de Tuñón de Lara. Una observación última referente a la edición de *La España del siglo XX* por Laia: Las modificaciones son mínimas respecto a los textos publicados en Francia, y el «limado» —visible, porque falta, por ejemplo, la frase final— sólo es sensible cuantitativamente en el capítulo sobre la represión de los dos bandos en guerra. El contenido de las ediciones originales permanece, pues, sin mutilación, debiéndose, en cambio, reseñar la insuficiente calidad de las reproducciones gráficas, a veces ilegibles, que, a su vez, contrasta con el acierto formal de esta edición popular. ■ ANTONIO ELORZA.

Para una historia del capitalismo español

A mediados de 1973, la Confederación Española de Cajas de Ahorros editó la obra *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920* (1), que tiene su origen en las tesis doctorales presentadas por los profesores Santiago Roldán y José Luis García Delgado.

No es éste el momento de resaltar la importancia de esta investigación, en cuanto supone una aportación fundamental al conocimien-

(1) Madrid, 1973. Dos volúmenes de 582 y 538 páginas, respectivamente.

to de un período, reducido temporalmente, pero de una gran trascendencia para la posterior evolución del capitalismo español (2).

El único objetivo de esta breve nota es dar noticia de la aparición de una edición de bolsillo de la citada obra bajo el título *La consolidación del capitalismo español, 1914-1920* (3). Nos parece un acierto la idea de hacer accesible el libro a un sector más amplio de público, ya que las características de la edición anterior —principalmente su elevado precio— restringían sus posibles lectores al reducido círculo de los especialistas.

Esta nueva edición constituye una versión reducida de la anterior. Se ha prescindido por completo del capítulo dedicado al análisis de los cambios demográficos generados por la primera guerra mundial y de gran parte del referente a la acentuación de la política económica nacionalista. Además, el texto de los restantes capítulos se ha aligerado en lo posible de cuadros estadísticos que no se consideraban totalmente indispensables.

Por otra parte, se han suprimido totalmente los nueve Apéndices que figuraban en la primitiva edición, por estimar que, debido al carácter de su contenido —enumeración de disposiciones legales sobre distintos aspectos de la política económica, documentos sobre el II Congreso de Economía Nacional y la

(2) Ante todo, queremos destacar el amplio comentario de Antonio Elorza, aparecido en las páginas de TRIUNFO, con el título *El capitalismo vasco en la primera guerra mundial*, número 584, 8 de diciembre de 1974, páginas 40-43. Entre las reseñas publicadas en revistas especializadas, pueden citarse las de Juan B. Palacios en la «Revista Española de Economía», enero-abril 1974 (páginas 394-397), y de Luis Martín Artiles en «Hacienda Pública Española», número 27, 1974 (páginas 230-232).

(3) Confederación Española de Cajas de Ahorros. Madrid, 1974. Dos volúmenes de 365 y 311 páginas.

Asamblea de Ferrocarriles, etcétera—, tenían un interés secundario para un público menos especializado. Igualmente, se ha excluido toda la tercera parte de la obra, que ofrecía abundante información estadística sobre la estructura industrial y la concentración de poder económico en España al comienzo de la década de los años veinte.

En cambio, figura en esta edición un Epílogo que no existía anteriormente, y en el que se presentan las conclusiones más importantes que se derivan del análisis, tanto a nivel global como sectorial, de la economía española durante el período que transcurre entre 1914 y 1920. ■ PATRICIO G. HERRANZ.

¡Los analíticos, madre!

Preveo a mi convulso lector al borde del pasmo vaporoso: «¡Y dale con los analíticos! ¿Pero qué le habrán hecho a este hombre? ¿Y qué culpa tengo yo de que exista semejante grey, para que me impongan el castigo impreso de leer cada dos semanas un artículo sobre ellos?», etcétera. Me deshago en excusas, pero es más fuerte que yo. En cuanto los analíticos publican algo, me siento arrastrado hacia ello, como los tiburones nadan a por la ballena muerta. Es mi «carneza», como dice Muguerza. Debe ser algo psicoanalítico: quizá me atraiga la raíz «anal» de la palabra, vaya usted a saber... Racionalizando mi manía, hay que reconocer que los analíticos están en candelero: por un lado, la publicación de un número de «Revista de Occidente» dedicado a confrontar «Análisis y dialéctica»; por otro, la edición de los dos primeros volúmenes de unas lecturas analíticas (1), que van a abarcar cinco epígrafes, lo que, a dos volúmenes por epígrafe, si se juzga

(1) *La concepción analítica de la filosofía*, varios. Alianza Universidad.

por el primero, darán un total de diez volúmenes. Que una editorial de gran tirada dedique tanto espacio a la divulgación de una corriente filosófica puede ser el reflejo de un gran interés público por el tema, o su causa en los próximos tiempos. En cualquier caso, no parece totalmente desplazado insistir críticamente en algunos supuestos de tal escuela, aunque no sea más que por seguir haciendo de uno mismo en la distribución de roles filosóficos de este país. País.

En lo tocante a las «Lecturas analíticas», sólo hablaré del ensayo introductorio, «Espendor y miseria de la filosofía analítica», debido a su compilador, el profesor Javier Muguerza. La obra la componen textos clásicos de la filosofía sajona de este siglo, incluyendo autores tan acreditados como Russell, Moore, Schlick, Carnap, Wisdom, Ryle, Strawson..., cuya discusión detallada daría lugar a todo un curso de filosofía contemporánea. Por cierto, cuando hace años formulé mis primeras reservas críticas respecto a los analíticos, se me reprochó meter en un mismo saco a autores perfectamente diversos, como... (aquí, vuelva a leerse la enumeración anterior de nombres); el tiempo, que ni tropieza ni vuelve atrás, ha demostrado que no andaba yo tan obcecado como temió la solicitud de algunos amigos. Echo por delante que el ensayo de Muguerza es una excelente presentación del pensamiento analítico, avisadamente crítica, en la que no se sabe qué admirar más, si la solidez de la información o el ingenio expositivo. Muguerza, para su fortuna y regodeo de los lectores, carece de beatitudes academicistas o de tendencias a cualquier tipo de totalitarismo filosófico (de otro tipo, insulto sería suponerlo), lo que le convierte en una muy atractiva imagen pública del análisis, que dudo, empero, que todos o la mayoría de los ana-

Clement Rosset

LA ANTINATURALEZA

ENSAYISTAS MAIOR

Hannah Arendt

LOS ORIGENES DEL TOTALITARISMO

Jean Pierre Faye

LOS LENGUAJES TOTALITARIOS

Emile Poulat

LA CRISIS MODERNISTA

SI LE INTERESAN LOS LIBROS DE TAURUS EDICIONES

diríjase a nuestro Departamento de Promoción (apartado 10.161), Madrid, trimestralmente enviándole más detallada información de nuestras publicaciones.

Plaza del Marqués de Salamanca, 7 - Madrid-6
TAURUS

líticos españoles cumplan con igual felicidad. Hay, sin embargo, en este ensayo introductorio algunos puntos, en los que se me ocurren objeciones no pequeñas, tanto más importantes cuanto que atañen a la raíz misma del origen histórico del análisis: se trata del papel de Kant y de su crítica de la metafísica, a la que tanta importancia concede, justificadamente, Muguerza en su ensayo. Intentaré resumirlas brevisimamente.

Muguerza analiza el papel de Kant como crítico de la razón pura metafísica; el recurso a la experiencia como definitiva sancionadora de la validez de la teoría —que Kant tomó tanto del empirismo inglés como de la física newtoniana— descarta los ambiciosos logros de las metafísicas pasadas. Para probar esto, actualizando el razonamiento, Muguerza echa mano del siguiente modelo de teoría científico-natural: se parte de una hipótesis (la ley de la gravitación), de la que se deducen unas consecuencias lógicas (el movimiento de los astros) y se llega a unas previsiones (las mareas), comprobadas por la experiencia. Muguerza se congratula de que en este modelo, a diferencia de en los empirismos prekantianos, la experiencia sólo interviene al final del proceso: «y es precisamente esa particularidad la que distingue al efectivo conocimiento que la ciencia nos proporciona del presunto conocimiento proporcionado a los filósofos por la vieja metafísica». Efectivamente, ciertos metafísicos se remontaban de la hipótesis de la finalidad y su consecuencia, las causas finales, hasta Dios, consecuencia esta última que la experiencia es incapaz de confirmar ni desmentir, saliéndose, por tanto, del dominio de la ciencia. Comparando el modelo científico con el metafísico, quizá el lector comparta mi mismo azoro: de hecho, el modelo metafísico no parece realmente paralelo al científico; en el

último paso se ha hecho una pequeña trampa positiva, porque Dios no es una predicción, como las mareas. He aquí un modelo más parecido al científico dado por Muguerza: los Grandes Antiguos, viejos dioses malignos, que antaño dominaron la tierra, traman hoy la perdición de los hombres (hipótesis), utilizan las pasiones humanas, como la lujuria y los celos, para destruirles (consecuencia lógica), luego, mañana, habrá por lo menos un crimen pasional en España (predicción). Como verás, amigo Javier, no eran tan tontos los prekantianos, introduciendo la instancia experimental al comienzo mismo del proceso... o la metafísica de Lovecraft es tan plausible como la teoría newtoniana de la gravedad. Sigue Muguerza: «La filosofía —de Kant en adelante— no necesita ya, ni acaso pueda, ser metafísica, o, por lo menos, metafísica al viejo estilo trascendente, que Kant se pultaría de una vez y por siempre». Y pasa acto seguido a hablar de los fenomenólogos, como intento (fallido) de hacer filosofía científica postkantiana. Pero resulta que Kant no se pulió la metafísica trascendente, sino todo lo contrario: la posteridad de Kant se llamó Fichte, Schelling y Hegel (incluso Schopenhauer nos serviría de ejemplo con sólo precisar lo de «trascendente»). Por un lado, Kant demostró que la metafísica no podía ser una ciencia en el sentido empírico-matemático; por otro demostró que ninguna ciencia empírico-matemática podría fundar jamás una normativa moral. La metafísica no sería ya un conocimiento instrumental, sino el fundamento del valor: imposible como ciencia, era imprescindible como sabiduría. Libre, gracias al análisis kantiano, de su complejo ante la reciente y prestigiosa física newtoniana, la filosofía alcanzó su máxima sistematización metafísica: «La Teoría de la Ciencia» y la «Ciencia de la Lógica». Hasta Nietzsche no hubo ningún intento filosófico de ata-

car a la metafísica en su terreno, el del valor (de nuevo, Schopenhauer es ambiguo caso aparte). Quienes vuelven a Kant e insisten en atacar a la metafísica desde la experiencia científica, no han leído o entendido la «Fenomenología del espíritu», que demolió tales objeciones.

A veces, se diría que la incapacidad de entender el papel de la metafísica (y con ella, de la sabiduría occidental) es en los analíticos un problema de falta de cultura, entendida ésta no como acumulación de «información», sino como superación del puro pensamiento instrumental. F. Waismann es una honrosa excepción a este respecto. En nada se nota tanto esta limitación como en los intentos «ontológicos» de los analíticos: cuando hablan de las categorías, hacen aforar sus disquisiciones sobre los sillones y las escobas. La incapacidad de superar el pensamiento instrumental les une con muchos de sus supuestos oponentes dialécticos, según se desprende del agudo planteamiento de la cuestión que hace Alfredo Deaño

en el número ya citado de «Revista de Occidente». Destaca en éste un excelente artículo de Vidal Peña sobre Spinoza visto de modo analítico y dialéctico sucesivamente; se echa en falta la colaboración de un dialéctico «a la frankfurtiana», que hubiese intentado una crítica a fondo de ambas posturas en su relación con una razón no instrumental. Bien venido sea el análisis en lo que colabore a disipar tantos malentendidos de nuestra filosofía «progre»: es preciso proclamar muy alto que, aunque uno se indigne ante «Intervención sobre arte y literatura», de Mao, o se tronche de risa con sus rudimentarias y maniqueas «Tesis filosóficas», no por ello estamos a punto de afiliarnos a «Ordine Nero», ni sentimos simpatía por Pinochet. Pero los dudosos primores analíticos, con su ya preparado relevo académico, no pueden hacer olvidar que la perplejidad auténtica de la filosofía se extienden mucho más a lo ancho y, sobre todo, a lo hondo que lo que su método autoriza a considerar. ■ FERNANDO SAVATER.

